

LA HUELLA DE LA RETORICA CICERONIANA EN EL SIGLO XVII

En el capítulo 32 de la segunda parte de *El Quijote* la Duquesa le ruega a don Quijote que le describa la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso. Este contesta protestando su incapacidad, sólo los pinceles y los buriles de los grandes pintores y escultores de la antigüedad podrían hacer justicia a la hermosura de la sin par Dulcinea, sólo «la retórica ciceroniana y demostina para alabarla». La Duquesa le pide explicación de la palabra «demostina»: «*Retórica demostina*, respondió don Quijote, es lo mismo que decir *retórica de Demóstenes* como *ciceroniana*, de Cicerón, que fueron los dos mayores retóricos del mundo». Estos dos nombres no parecen elegidos por capricho personal: en una carta del filósofo inglés Bacon, escrita en el mismo momento, a principios del siglo XVII, aparece la misma combinación:

Of orators... it shall be Demosthenes, both for the argument he handles, and for that his eloquence is more proper for a statesman than Cicero's.

Bacon pone en claro que Demóstenes y Cicerón representan dos tipos distintos de oradores; lo basa en diferencias de materia, de manera y de finalidad. Demóstenes significa el desdén por los artificios verbales que habían caracterizado a la retórica de Gorgias e Isócrates, ya criticada por Platón en los diálogos de *Gorgias* y *Fedro*; y en el texto de Bacon, como en *El Quijote*, está contrapuesto a Cicerón, heredero de la tradición de Isócrates.

Pero se trata de cuestiones más fundamentales que la de escuelas rivales de retórica clásica. Entran en juego algunas de las fuerzas culturales de mayor potencia en la época. Hay que pensar en la singular veneración en que se tenía a Cicerón ya por dos siglos. Se puede decir sin

demasiada exageración que para el humanista Cicerón fue una religión. «Si el admirar a Cicerón significa ser ciceroniano, sí soy ciceroniano», decía Petrarca y, «bien pudiera maravillarse quien no me conoce de que no pueda desprenderme de Cicerón, hasta tal punto estoy fascinado por su genio». Cicerón fue el modelo no sólo para la lengua, sino para la vida. «Habla Cicerón no como filósofo, sino como apóstol», afirma otra vez Petrarca. El ideal de la elegancia literaria, aprendido sobre todo en Cicerón, llegará a ser estilo de vida para el Renacimiento. El único arte verdadero será el *ars bene beateque vivendi* y éste se aprendía en la elaborada elocuencia de Cicerón.

Si Petrarca ejemplifica el momento más ardoroso del fervor ciceroniano (y para explicarlo tendremos que entrar imaginativamente en el sentido de libertad y de gozo del hombre renacentista en plena reacción contra la minuciosidad de la lógica y del estilo escolásticos), generaciones sucesivas de humanistas seguirán consolidando siempre más firmemente la devoción a Cicerón. No cae en la exageración decir que la Europa de la primera mitad del siglo XVI se movía al compás de las cadencias rítmicas de la retórica ciceroniana. Fue una época fastuosa, una época de cortesía, y los sermones, las ceremonias palaciegas, las oraciones dirigidas a monarcas, los tratados morales, así como las numerosas correspondencias epistolares del período revelan la fluidez sonora de la amplia frase ciceroniana.

Pero el mayor y más universal de los humanistas del siglo XVI es paradójicamente el que abre la controversia que culminará en el siglo XVII quitándole a Cicerón la supremacía gozada hasta ese entonces. La mente crítica de Erasmo, iconoclasta en la esfera de toda idolatría, no podía ignorar la superficialidad del ornamento verbal junto con la vacuidad de substancia del ciceronianismo reinante. En su *Ciceronianus* ataca la «copiosidad» de Cicerón y le aplica el adjetivo «asiático», eco de la vieja controversia de tiempos de Demóstenes y renovada en los de Cicerón mismo, entre los dos estilos, la *genus grande*, o estilo sublime, cuyo fin es *permovere* y la *genus humile*, o estilo sencillo, que trata de materia más filosófica.

Esta *genus humile* que voy a sugerir como influencia decisiva en la transición de estilos que ocurre en Europa en las últimas décadas del siglo XVI y las primeras del siglo XVII tiene largo abolengo que es necesario esbozar brevemente en este punto. Tiene su origen y su autoridad en los dos primeros libros de la *Retórica* de Aristóteles en los que el filósofo relaciona la retórica a la lógica como forma del razonamiento. El objeto de la retórica en este sentido es el de persuadir por argumentos racionales y no por efectos de estilo; tiene más parentesco con la filosofía

moral que con la elocuencia forense. De acuerdo con esta substancia y este fin, Aristóteles desarrolla el concepto del estilo como condensación de la experiencia práctica en forma de apotegma, aforismo y máxima. Estos lugares comunes (*koinai protadeis gnomai*) son las reglas de la vida en su forma más breve, y para reforzarlas se emplean el *paradigma*, o ejemplo, la *anécdota* interpolada y el *eikon*, o referencia al carácter de una persona. Se ve que el criterio de tal estilo es severamente funcional; sus tres características, según Aristóteles, son la claridad, la propiedad y la brevedad. Se encuentra en el polo opuesto de la *genus grande* con su objeto de persuadir a las masas por el uso de los *schemata verborum*.

Se notará que muchos de estos elementos de la retórica aristotélica perduran hasta la Edad Media, transmitidos por Quintiliano y el tratado *Ad Herennium* y reproducidos en los *Arts poétiques* de los siglos XII y XIII. En las obras medievales también abundan usos del *exemplum*, la *imago* y lo gnómico. Veremos también cómo el carácter de breve, sentencioso, lleno de máximas y anécdotas vuelve a aparecer en la prosa de Montaigne y de Bacon, de Quevedo y Gracián, la psicología moralizante en las *Máximas* de La Rochefoucauld, la *Microcosmografía* de Earle y los *Carácteres* de La Bruyère. Sólo faltan conspicuamente en el período del Renacimiento, coincidiendo con la dominación ciceroniana.

El ataque anticiceroniano iniciado por Erasmo y pronto contestado por Julio César Escalígero, campeón del conservadurismo ciceroniano, va convirtiéndose en una batalla cuyo campo de acción se extiende más allá del área del estilo. En efecto, se relaciona con el movimiento cultural de efecto radical que entre los años 1580 a 1630 busca una nueva síntesis de la vida y del pensamiento. A la formación de esta síntesis concurren, claro está, elementos de tipo científico-sociales que suelen resumirse bajo el nombre de la revolución copernicana, pero desde el punto de vista que nos concierne aquí, no se trata de la síntesis total en sí, sino más bien su forma de expresión en el estilo. Estos cincuenta años me parecen representar, pues, la adaptación de los medios expresivos de la lengua literaria a las necesidades de los hombres de una nueva edad. A la transformación de la *Weltanschauung* le corresponden necesariamente cambios en las formas simbólicas que exteriorizan la distinta visión del mundo de hombres como Montaigne y Bacon, Quevedo y Gracián. Pero voy a sugerir que los mismos factores operan para explicar no sólo la prosa desde las últimas décadas del siglo XVII, heredera directa de la retórica clásica, sino también el desarrollo de la poesía culta y conceptuosa tal como se manifiesta en Donne y los poetas «metafísicos» ingleses, en el italiano Marino y en Góngora, Quevedo y los otros *cultistas* y *conceptistas* en España.

Dentro de los presentes límites no puedo más que indicar las direcciones generales que puede seguir la investigación de este tópico. Quiero indicar a grandes rasgos las etapas principales de la creciente reacción anticiceroniana en estos años (1580-1630) y su efecto en la teoría y la expresión del estilo.

Trazando la trayectoria del anticiceronianismo debiéramos señalar la figura de Marc Antoine Muret (1526-1585), el humanista francés que en plena época contrarreformista tomó como tópico de sus conferencias en Roma en 1580-81 los *Anales* de Tácito, libro de escándalo en aquel entonces así por su contenido, relacionado en la mente pública con el mismo tipo de realismo político que el de Maquiavelli, como por la obscuridad de su estilo. Tácito, escritor de la Edad de Plata de la literatura latina, introduce la serie de nuevos modelos que van a reemplazar a Cicerón y que tienen en común una preocupación pragmática con la *prudentia*, o filosofía política, y la *sapientia*, o la manera de conducirse en el mundo práctico. Muret tiene que defender a Tácito, haciendo virtud de la obscuridad e incluso *peregrinitas* (extrañeza) de su estilo, lo que sirve, dice, de velo, para excluir al vulgo. Fácilmente se reconocerá el *odi profanum* tan marcado entre los poetas cultos, por ejemplo, cuando Luis Carrillo en su *Libro de la erudición crítica*, de 1611, habla de la «dificultad docta» a que debiera aspirar el poeta, juntando esto con la crítica de Cicerón como «hinchado y Asiano». En otro discurso establece Muret el nuevo canon de escritores para imitar: Séneca, Valerio Máximo, Quintiliano, Plinio, Tácito, Patérculo, incluso Tertuliano y los santos Jerónimo, Agustino y Ambrosio. Estos nombres van a citarse con creciente frecuencia, y Séneca hijo, por razón de su estoicismo, filosofía dominante del siglo XVII, como el neoplatonismo lo había sido del siglo XVI, así como por su estilo conciso e irregular, va a ser el nuevo ídolo que reemplaza a Cicerón.

Pero es el gran erudito holandés, amigo e influencia dominante en Quevedo, Justus Lipsius (1547-1606) quien consigue la derrota definitiva del ciceronianismo. Con sus ediciones importantísimas de Tácito (en 1575) y de Séneca (en 1605) añade su gran prestigio a la consagración de los nuevos modelos, que imita en su propio estilo después de su conversión del «tintineo tuliano». Un escritor italiano en 1614 representa a Lipsius presentado alegóricamente a Apolo por el historiador Velleius Paterculus (tan citado por Montaigne) y acompañado de Séneca «el moralista» y de Tácito «el político» a ambos lados. Estos representan la alianza de *sapientia* y *prudentia* que es la nota típica del anticiceronianismo.

Serían campo rico de exploración las manifestaciones variadas a las que se presta el nuevo estilo, descrito así por Bacon en su *Advancement of Learning* de 1605:

that kind of stile... which neer about the same time succeeded this Copy and superfluity of speech. The labour here is altogether that words may be aculeate, sentences concise, and the whole contexture of the speech and discourse, rather rounding into itself than spread and dilated

añadiendo éste que «of late it hath been very pleasing unto the eares of oure time». Pero quiero terminar con la significación del anticiceronianismo para la lengua poética del siglo XVII, dominada por la agudeza, el ingenio y el concepto.

Ya hemos visto que a la redundancia del estilo «asiático», ciceroniano, se contraponía el laconismo «ático». Fiel a sus orígenes en la *genus humile* de Aristóteles, éste mira a la expresión breve, condensada, de lo substancial del discurso: intenta la máxima expresividad conceptual aún a riesgo de cierta artificiosidad u oscuridad. Lipsius desea que su estilo deje entender más de lo que dice, y un discípulo suyo, van der Putten, publica una *Retórica del laconismo*, dedicada a este aspecto de la *genus humile*. A los *schemata verborum* de la *genus grande* suceden las *figurae sententiarum* de la *humile*. Ya desde tiempos de la retórica romana la palabra *ingenium* significaba la esencia de la invención, mientras que *judicium* se refería a la disposición. Queda patente, pues, que no hay más que un paso desde ésto a lo que trata Baltasar Gracián en su *Agudeza y arte de ingenio* de 1642, «en que se explican todos los modos y diferencias de conceptos», como dice el título de la segunda edición de 1649.

Hay que destacar dos puntos principales en la obra de Gracián. Primero, para él, en cuanto a la cualidad que trata, agudeza o ingenio, no existe separación entre la prosa y el verso. «Esta urgencia de lo conceptuoso», dice, «es igual a la prosa y al verso». Segundo, es esta cualidad la más esencial en cualquier composición: «Entendimiento sin agudeza, ni conceptos, es sol sin luz, sin rayos». En el discurso LXI «De la variedad de los estilos», hace la consabida distinción entre los dos estilos, el ciceroniano y el ático:

Descendiendo a los estilos en su hermosa variedad, dos son los capitales, redundante el uno, y conciso el otro, según su esencia: asiático y lacónico, según la autoridad. Yerro sería condenar cualquiera; porque cada uno tiene su perfección y su ocasión. El dilatado es propio de oradores, el ajustado de filósofos morales.

Vuelve a insistir en esta «alma conceptuosa» como lo esencial de cualquier estilo, sea «natural» (que parece corresponder al estilo neutro, «sermo» más que «oratorio», que es «el más apto para el fin del habla, que es darnos a entender») o artificioso. Concentra su crítica más vehemente en un estilo que «pone la mira en sólo la colocación de las palabras... sin alma de agudeza... Esta es una enfadosa, vana, inútil afectación, indigna de ser escuchada». Admite que hay en la retórica «ornato para las palabras» pero lo esencial es el ornato para el sentido, «los tropos y figuras de sentencias». Con esto está claro que Gracián se refiere a los *schemata verborum*, típicos del estilo ciceroniano, que detesta, y a las *figurae sententiarum*, que para él son lo esencial del estilo: «Siempre insisto en que lo conceptuoso es el espíritu del estilo». Sigue Gracián describiendo con ejemplos de prosa y de verso los sub-géneros del estilo conceptuoso. Termina con «el estilo aliñado, que tiene más de ingenio que de juicio»: de éste los exponentes escogidos son Luis Carrillo y Luis de Góngora, «especialmente en su *Polifemo* y *Soledades*». No cabe duda, pues, que para Gracián, el típico estilo poético del siglo XVII, cuyo alma es el concepto que define él como «un acto del entendimiento, que exprime la correspondencia que se halla entre los objetos», descende lejana aunque directamente de la reacción contra Cicerón. «La armónica correlación entre dos conocibles extremos, expresada por un acto del entendimiento»: Gracián parece resumir los anhelos del hombre barroco, que sólo a fuerza de una expresión que admite la paradoja, que abarca contrarios, podrá captar la difícil totalidad de la situación humana. La *discordia concors* que es el concepto poético ofrece el símbolo más adecuado para el hombre de la edad barroca luchando con dudas y ambigüedades ajenas al humanista ciceroniano del siglo XVI.

El presente estudio debe mucho, así en concepto general como en varios detalles, a los brillantes trabajos sobre el estilo barroco del distinguido catedrático de la Universidad de Princeton, Morris W. Croll, coleccionados por sus colegas y alumnos bajo el título de *Style, Rhetoric and Rhythm* (ed. J. Max Parrick et al., Princeton, N. J., Princeton University Press, 1966).

AUDREY LUMSDEN KOUVEL
University of Illinois
at Chicago Circle